

D20  
C3  
V.9



Biblioteca de la Universidad de México  
Código de Clasificación



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD DE MEXICO  
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO

# FILOSOFÍA

PARA LA

# HISTORIA UNIVERSAL

DE

CÉSAR CANTÚ

006324

# FILOSOFÍA

## PRÓLOGO

*Credo, sed intelligere desidero... Illi rationem querunt quia non credunt, nos vero quia credimus.*

SAN ANSELMO.

Cualquiera que sea el método con que procedamos al emplear nuestras facultades intelectuales en el descubrimiento de la verdad, la filosofía se propone siempre las cuestiones más elevadas e interesantes al género humano: tales son las que tienen por objeto investigar la naturaleza y el fin de las cosas y el principio de los seres. ¿Existe algo en el mundo? ¿Cómo sabemos que existe? ¿Por qué existe? ¿Cuál es la razón de su existencia? ¿Con qué fin fué creado? ¿Cuál es el destino del hombre? ¿Cuáles son sus relaciones con el Ser Supremo, con la naturaleza y con sus semejantes? ¿Cuáles son las misteriosas leyes que rigen al universo? ¿Cómo podremos reducir á la unidad lo finito y lo infinito?

Estas investigaciones han fatigado incesantemente al espíritu humano, y como tienen su origen en nuestra propia naturaleza, no es posible decir dónde comienza la ciencia que en estos debates se ocupa; así como es imposible asignar principio ni límite á la actividad del espíritu humano cuando se aplica á desarrollar el entendimiento que observa los fenómenos, indaga las causas y reconoce en sí mismo el fundamento de la certeza ó las razones de la duda. Ciertamente que no háy ciencia humana más notable que la filosofía, la cual eleva al hombre hasta la cumbre de los altos designios de Dios y proporciona un excelente ejercicio á la actividad de su alma, mostrándole á la vez el cuadro de sus facultades y el de las verdades eternas; de modo que el estudio de la filosofía, á la par que emancipa los inteligencias, impone reglas á nuestra libertad, da poder, y lo limita, estimula y reprime, en una palabra, hace que la libertad y el orden marchen de acuerdo.

Esta sed de verdad prueba que el hombre está destinado á un fin superior, pues que en el mundo no halla destino alguno que le satis-

faga y llene los deseos de su alma. El hombre salió moralmente bueno de las manos del Creador y vivía satisfecho, porque le había sido revelada la imagen pura del mundo invisible, la armonía de las leyes naturales, la sencilla belleza de las ideas divinas, la eterna duración del Ser primero, y la estabilidad temporal de las cosas creadas. Todo esto llenaba por completo su inteligencia y determinaba siempre de un modo uniforme los actos de su voluntad. Pero el pecado ofuscó su inteligencia, y juntamente con la muerte vino la filosofía, que corre sin descanso en pos de aquella primitiva claridad de ideas sin jamás encontrarla. Los problemas del universo, de Dios, de la sociedad, de las relaciones que existen entre los fenómenos fugitivos y las ideas eternas, se convierten en cuestiones complicadísimas desde el momento en que cada individuo pugna por resolverlas valiéndose de combinaciones racionales, y de aquí se originan numerosos sistemas, ricos de promesas, pero pobres de resultados.

La historia nos demuestra, que en el principio del mundo las verdades morales, el conocimiento de nuestra naturaleza, de nuestro destino y del origen del universo no se adquirieron por obra de la razón ni de la conciencia, sino por efecto de un poder que influye con mayor eficacia sobre el alma del hombre, cual es la religión ó la revelación. Sin embargo, la religión no puede instruir improvisadamente al hombre corrompido, sobre todo cuanto le importa saber en el orden divino, ni tampoco sobre los deberes y creencias que la misma le impone. Hay en todas las religiones dogmas que piden esclarecimiento, principios de que deben deducirse consecuencias, leyes sin aplicación posible, misterios en cuestiones de sumo interés para la humanidad, que solo pueden

dominarse por medio del activo trabajo del entendimiento; de tal manera que la misma necesidad que siente el hombre de creer y de obedecer, excita la inteligencia á poner en juego sus fuerzas.

Tal es el objeto de la llamada filosofía, ó sea amor á la sabiduría como lo indica su mismo nombre, madre por tanto y dispensadora de las ciencias, que se afana en busca de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno. Al descubrimiento de lo verdadero se dedica la lógica, examinando la facultad de conocer el órgano de la verdad, y el modo de ejercitarlo en provecho de las ciencias; por eso comprende la dialéctica, la retórica y la literatura. La estética, ó ciencia de lo bello, busca en el alma el origen y los principios de las bellas artes para deducir de los unos el fundamento, la naturaleza y el fin de las otras. La moral, dirigida al conocimiento de lo bueno, nos enseña los principios, el objeto y el método con que debemos obrar y conducirnos como hombres, como miembros de la sociedad doméstica, como ciudadanos y como individuos de esa ciudad, mayor entre todas, que llamamos mundo. En este último sentido, los antiguos agregaban á la moral la política.

Pero la filosofía no tiene por único objeto describir nuestras facultades (*psicología*) ó analizar la acción del entendimiento á fin de regularizar y dirigir sus operaciones (*lógica*), ó proceder de igual manera con los actos de la voluntad (*moral*), ó con el sentimiento de lo bello (*estética*); sino que se eleva sobre las facultades y sobre las nociones para juzgarlas y referirlas á la realidad, considerándolas de un modo absoluto á fin de descubrir las verdades que son las leyes propias de la esencia de las cosas (*metafísica*), y para alcanzar esto, debe comprender la ciencia de los seres (*ontología*) y la del Ser Supremo (*teodicea*).

Mientras la filosofía no fué mas que una vaga aspiración á la verdad, no se conoció la distinción de partes, precisamente porque faltaba el cúmulo de observaciones y de análisis de que solo puede nacer la distinción. Primeramente Platon dividió la filosofía en *dialéctica*, *física* y *moral*. La dialéctica era la parte esencial y trataba de los principios mas generales, comprendiendo lo que hoy llamamos psicología, lógica y metafísica. En la moral se comprendían la política y la filosofía de la historia; y la física establecía sobre los principios de la dialéctica una cosmogonía ó teoría general de la naturaleza.

Aristóteles hizo una división mas clara, mas completa y mas científica. En el primer lugar puso la metafísica ó primera filosofía; y así como esta es el fundamento de las ciencias todas, de la misma manera la lógica es, segun Aristóteles, su instrumento universal. Siguen despues la física y la moral. La psicología trata tambien de las relaciones que existen entre las facultades del alma y la conformación de los órganos.

En la edad média quedó sola la dialéctica aplicada á la teología. Los reformadores de la filosofía moderna se ocuparon mas en fundar y en regenerar que en ordenar y en clasificar lo antiguo; pero sea como quiera, aunque despues se haya alterado la extension y el prospecto de la ciencia, siempre han quedado en pié las antiguas divisiones.

Hoy dia los hombres científicos consideran el fondo de las cosas sin hacer distinciones; sin embargo, en la enseñanza de la cátedra se distiguen cuatro partes en la filosofía: 1<sup>a</sup> la *psicología*, que trata del sugeto que piensa, considerándole no solo en el ejercicio de la facultad de pensar, sino en el de todas las facultades de que tenemos conciencia; 2<sup>a</sup> la *lógica*, que enseña á servirse de la inteligencia para descubrir y demostrar la verdad; 3<sup>a</sup> la *moral*, que examina las leyes que la razon impone á nuestra voluntad, y el fin que la misma razon prefija á nuestra existencia; 4<sup>a</sup> la *teodicea*, que abraza las cuestiones de religion natural.

Nada hay de superfluo en esta division, pero quizá le falta algo para complemento. Despues de hecho el estudio del hombre, se debe estudiar la humanidad, que es el objeto de la filosofía de la historia, complemento necesario de la filosofía de la conciencia. En la esfera de los acontecimientos, el espíritu humano se manifiesta por medio de las instituciones y de las leyes, de las artes y de las letras, de las creencias religiosas, de los sistemas filosóficos, de las costumbres. Por tanto, la filosofía de la humanidad comprende la filosofía del derecho, la historia filosófica de las letras y la filosofía de las bellas artes, conocida bajo el nombre de *estética*, la filosofía de las religiones, la historia de la filosofía y de las demas ciencias, y finalmente, las relaciones que todas ellas tienen entre sí, ó sea la influencia que ejercen unas sobre otras. La lógica debe ampliarse mediante el estudio del habla y el de la filosofía de la lengua, que enseña el uso y sentido moral de las palabras y las leyes segun las cuales se consigue expresar todas las ideas: ciencia diversa de la filología comparada, que atiende solo á los elementos materiales de la palabra. En la moral, ademas de los deberes privados, tenemos el derecho político é internacional y la economía política, ligándose así estrechamente el bienestar material de la sociedad con su progreso moral.

Finalmente, á la filosofía del hombre debe seguir la filosofía de la humanidad; pero la humanidad se enlaza con el universo, y el estudio del universo abraza cuestiones de distinto orden que pertenecen á otra ciencia, llamada *filosofía de la naturaleza*.

Sin embargo, si hemos de hablar con propiedad, no son ciencias las que acabamos de enumerar, sino sendas que conducen á la ciencia y á la virtud: son ramificaciones de la ciencia que se subdivide así con el objeto de que los hombres puedan cultivarla en la parte que

convenga á sus fines. La filosofía, pues, sienta los principios generales y enseña sus aplicaciones posibles, mientras la historia nos lleva por el camino andado: de donde resulta que la filosofía y la historia forman la cadena universal de las artes y de las ciencias.

La verdad es una, y ella es el fin de la filosofía y de la religion; pero los modos de buscar la verdad son múltiples. En la interpretación de las verdades reveladas hay algunos que no consienten la independencia del pensamiento individual, deduciendo todas las consecuencias del principio de la autoridad y añadiendo á la revelacion escrita una tradicion oral ó un poder infalible limitado solo por la Divinidad. Otros solo confian en sí mismos, esto es, en el poder del raciocinio, y declaran usurpadora á toda autoridad que no provenga de los mismos textos sagrados; otros, en fin, emplean sus facultades en conocerse á sí mismos, reconcentrando las creencias en su propia conciencia. En estos diversos modos de proceder se reconocen la *ortodoxia* y la *teología racional*, que ceden ambas el puesto á la *filosofía liberal*.

Tambien hay algunos que no queriendo precisamente aceptar una tradicion, no se atreven sin embargo á fiarse del raciocinio. Creen que el hombre no puede poseer la verdad eterna sin una tradicion, pero que la palabra escrita es un instrumento imperfecto, y solo ven en los dogmas símbolos ó imágenes. Tales son los *místicos*, filósofos que florecen siempre en épocas de gran desarrollo científico, y para quienes la acción divina y la revelacion inmediata solo se encuentran en la conciencia.

Estas tres direcciones toma el espíritu humano al concebir y continuar la obra de la revelacion. No falta, sin embargo, quien niega el hecho primitivo de una revelacion superior á la humana, buscando en la sola razon la solución de los problemas eternos y mutilando de este modo la filosofía, que queda como una ciencia aparte sin relacion alguna con las cosas creadas. Algunos han colocado el objeto de la filosofía en las ideas puras, destruyendo así la armonía del universo: otros, por el contrario, descuidaron las ideas puras y atendieron solo á la materia; camino mucho mas difícil para investigar la verdad, toda vez que se renuncia al espíritu con el cual se practican estas investigaciones.

Los que pretenden probarlo todo lógicamente, hasta las verdades de evidencia, se llaman *racionalistas*; los que en sentido opuesto se fundan en la falibilidad de la razon para dudar de todo, se llaman *escépticos*.

En cuanto al procedimiento, unos parten de Dios, otros del hombre y otros del universo. Los primeros van á caer en el panteísmo; ya afirman con Espinosa que todo es engaño en el mundo y que solo Dios es absoluto, ya aseguren, como los *emanatistas*, que todo es Dios, cuya divinidad se difunde por el universo bajo mil diversas formas. Los que toman por punto de

partida el universo caen en el escepticismo, y los que toman el hombre, ó sean los psicólogos, no salen jamas del *yo*.

¿Será que nos veamos reducidos á la necesidad de renunciar á la razon ó á la fe? Esto aseguran muchos, para quienes la filosofía debe obrar en un campo distinto del de la religion: esta debiera ser creyente, aquella investigadora: la una atenta á consolidar lo antiguo, la otra constante en destruirlo; la primera sosteniendo el edificio de lo pasado, la segunda iniciando lo porvenir. Y sin embargo, la historia nos demuestra que en último resultado todo filósofo ha buscado una religion ó se ha fundado en ella; ni es posible tampoco pesar debidamente las opiniones filosóficas sin compararlas con un sistema cualquiera religioso. En algunos autores, filosofía y religion son dos cosas idénticas como en Confucio, Lao-Tseu, Pitágoras, Platon y varios escolásticos. En otros la religion es el complemento de la filosofía, de modo tan natural que ambas parecen componer un todo, como en Descartes, Pascal, Leibnitz, los cuales hacen gala de ser libres pensadores en todos aquellos puntos en que la religion no domina sobre las creencias de la época en que vivieron, y sin embargo, sus principales doctrinas no vienen á parar sino á la duda, sin que en ellas se vea idea alguna positiva, sólida, esencial ni duradera. Estos predicán el escepticismo, como Montaigne y Bayle, ó la libertad de pensar, como Votaire y Diderot; y á pesar de todo son dogmáticos en demasía: véanse si no sus obras filosóficas del siglo pasado y sus aseveraciones tan audaces como absolutas acerca de Dios, el hombre y la naturaleza.

Toda ciencia que no descansa sobre un primer dato, afirmativo, evidente, que contenga en una serie de consecuencias necesarias todos los elementos fundamentales del problema de los seres, nos conducirá infaliblemente á la duda. Y atendiendo á que lo finito y lo infinito tienen un elemento comun, que es la idea del ser, el primer objeto de la investigacion es precisamente la noción del ente absoluto. Este fué siempre el eje de toda filosofía; pero las divagaciones en que cayó la metafísica la hicieron sospechosa al buen sentido comun, y ademas, en siglos de aplicacion práctica se ha creído que se podrian muy bien evitar estas investigaciones, ateniéndose al buen sentido práctico.

Pero es locura ó desidia despreciar las teorías metafísicas, pues que sirven de base á los sistemas morales y á las instituciones civiles; y por otra parte, vemos que la filosofía se fatiga sin cesar en busca de la verdad en su expresion mas pura, mas elevada, mas completa; esto es, en el último grado de unidad y certeza. En Oriente la filosofía se refiere á Dios en todo, derivando todas las cosas de su eterna sustancia; conoce solo lo infinito, y en el seno de lo infinito se coloca para analizar las concepciones y el desarrollo de los seres. En Grecia